

DEL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA

EN 1837.⁴

I.

Extraño espectáculo ofrece, sin duda, á los ojos del observador filósofo el movimiento literario que en España se nota, y la multitud de producciones poéticas que diariamente ven la luz pública, precisamente en una situación y en circunstancias que parece debian estar reñidas con todo lo ideal, con todo lo bello. Trabajada la nacion por una guerra larga y sangrienta; cuando de un ángulo al otro de la Península no se oyen más que alaridos de muerte, llanto de orfandad y quejidos de miseria; cuando resuena tan estrepitosamente la gritería de las controversias políticas, y sopla tan embravecida sobre ésta sociedad despedazada la tormenta, que acompaña siempre á los angustiosos períodos de crisis y de transición de los pueblos, entónces es cuando la literatura sacude el polvo de vejez que la cubria, cuando sobre el teatro español reverdecen los laureles que se habian secado sobre las tumbas de Calderon y de Moreto, y cuando por todas partes, mezclado al toque del clarin y al grito de alarma,

⁴ Artículos insertos en el *Museo Artístico Literario*, que se publicaba en Madrid en dicho año.

se eleva y distingue el dulce canto de los poetas, como una solemne protesta contra las atrocidades de que, en mengua de la civilizacion, somos testigos; como una voz de consuelo que nos advierte que la hora de la barbarie aún no ha llegado; que aún hay fé y creencias en el seno de la sociedad; que el instinto de lo bello no se ha perdido todavía, y que detrás de la aparente disolucion que nos circunda, los primeros albores de la reorganizacion y de la vida social despuntan sobre el horizonte. Una generacion naciente de literatos se eleva, una generacion decrepita de políticos se hunde, y una generacion varonil de guerreros peléa. Los principios abstractos y el prestigio de una política infecunda se desvirtúan; las cuestiones prácticas y los encontrados intereses materiales combaten; y la inteligencia, el orden y la belleza vuelven á revestir la forma que en todas las sociedades nacientes han tomado la forma de la poesía, la voz del canto, el fuego de la inspiracion, la irresistible fuerza de la armonía.

No pretendemos nosotros en este artículo hacer una composicion poética más. No queremos dar una importancia exagerada á la literatura contemporánea, muy distante sin duda de la perfeccion, apartada tal vez de su camino. No somos despreciadores de la política, ni hacemos una abstraccion pueril de los intereses sociales, de las graves y serias cuestiones que se discuten en el foro y en el gabinete: el que traza estas líneas consume casi todas las horas de su día en áridas taréas, que á esas cuestiones y á esos intereses atañen. Solamente queremos consignar un hecho, y darle todo el valor que en sí tiene. Y nosotros, que tomamos en sério todos los hechos sociales, y que vemos un fin en todas las tendencias de los

pueblos; nosotros, á quienes nada de lo que afecta á una porcion considerable de la sociedad, parece despreciable ó perdido, no queremos dejar pasar sin advertirla y consignarla, esa reaccion poderosa del espíritu literario que presenciarnos, y esa no ménos poderosa inclinacion que en las clases más entendidas ha nacido hácia las nuevas producciones de nuestra literatura. Nosotros queremos alejar de estos estudios y de esta inclinacion la apariencia de futilidad y lijereza de que hombres verdaderamente fútiles y lijeros la culpan y tachan; nosotros aspiramos, en fin, á deducir de un hecho evidente y fecundo consecuencias transcendentales para el porvenir de nuestra Patria, á cuyos más positivos intereses enlazamos nosotros los intereses de la literatura.

Porque se le ha hecho un grave cargo á la juventud, de su esterilidad y de su abandono; se ha pretendido ridiculizar su tendencia ideal y poética, en medio de un siglo tan eminentemente material y positivo, y ha sido mirada por muchos con una especie de compasion despreciativa la aparicion simultánea de tantos jóvenes literatos, la creacion de tan bellos dramas, la inspiracion de cantos tan dulces ó fantásticos, y finalmente, la publicacion de cuatro ó cinco periódicos exclusivamente literarios, en una capital en que no pasan de otros tantos los periódicos políticos.

Nosotros no contestaremos á esa inculpacion sinó con un hecho. Estos periódicos se sostienen: uno de ellos, á la segunda semana de su aparicion contaba cerca de seiscientos suscritores; los teatros se llenan de bote en bote siempre que se anuncia una nueva pieza dramática original; los cantos de los nuevos vates son recitados, leídos, declamados, aplaudidos y criticados en todos los círculos de

la sociedad culta, y todas las imaginaciones se agitan con una comezon poética, que si por lo comun no produce más que obras informes y efímeras como el dia en que nacen, es un síntoma harto claro de la fermentacion que precede siempre á una nueva era literaria. Existe, pues, una tendencia marcada de este género en la sociedad española: los espíritus gravitan, por una inclinacion irresistible, hácia esta clase de estudios, y las producciones que aparecen no son más que la fórmula más ó ménos exacta de las ideas que abriga la generacion que nace, el himno de amor y de ilusiones que preludia un pueblo que despierta á la vida de la inteligencia y del sentimiento, la expresion de una necesidad vivamente sentida que se agita aun en las primeras y vagas tentativas de comunicarse y de satisfacerse.

Reconocido este hecho, no nos detendremos á examinar los extraños, si bien naturales síntomas con que aparece, y las consecuencias que de él se deducen. Este trabajo, ó es superior á nuestra inteligencia, ó nos conduciría á cuestiones muy difusas, y al parecer muy ajenas del asunto que tratamos. Tal vez en otros artículos, si para ello nos dá lugar la multitud de otras graves y asiduas tareas que nos cercan, presentaremos más detalladamente algunas de las consideraciones que diariamente nos sugiere la comparacion de nuestro estado social, de nuestra revolucion política y de nuestra nueva existencia literaria. Bástanos consignar desde ahora la relacion que média entre estos grandes intereses, no ménos íntima á nuestros ojos que el lazo que liga entre sí la vida física, intelectual y moral de los individuos. Por eso escribimos; por eso cantamos; por eso combatimos; por eso nos atrevemos á dogmatizar; por eso recogemos y damos al pú-

blico las producciones que en nuestras columnas se insertan.

Y no enunciamos esta verdad y esta conviccion para dar mayor importancia á nuestros trabajos; que servirá sólo para imponernos nuevas y graves obligaciones. Pues que consideramos á la literatura con un fin social, á un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra á que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus idéas, con relacion á la inteligencia y la filosofia de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresion de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar á pervertirla, á corromperla, á desnaturalizarla, á convertir en instrumento del Génio del mal la lira armonizadora del Génio que ilumina y créa; ni á verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la Providencia derrama sobre las sociedades moribundas é infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados.

Acaso nuestra nacion está en ese período, y acaso en ninguna otra deba ser más influyente la poesía en el estado social, porque en ninguna otra es un medio tan natural de comunicacion y enseñanza.

II.

Todas las naciones de Europa han tenido en estos dos últimos siglos hombres grandes y génios colosales, que las han civilizado con su talento, y que han asentado con

sus doctrinas, y sellado tal vez con su sangre los eternos principios de la verdad, justicia, libertad y religión, afirmando en tan sólidos cimientos la paz y la dicha futura de los pueblos. El siglo actual ha producido ya nuevos Génios, á quien la humanidad debe nuevos beneficios, la filosofia nuevos descubrimientos y las artes nuevos tesoros.

España, en tanto, ha parecido como extravasada del movimiento intelectual; en España no se ha levantado un génio; España no cuenta un filósofo; España ha aprendido poco, y no ha creado nada. Y en esta España se eleva al mismo tiempo una generacion de artistas y un coro de poetas: en medio de la aparente esterilidad de los pensamientos, brota con una fecundidad maravillosa la más lozana y vigorosa creacion de versos sublimes, de trovas delicadas, de sentidas elegías y de dramas caballerescos y profundos, que prometen hacer olvidar en breve las producciones de la nueva escuela extranjera, y elevar nuestra poesía al rango preferente que en otro tiempo obtuvo.

Nuestro génio es la imaginacion; nuestra filosofia la literatura: lo que en otras partes es amor á la verdad, es en nosotros entusiasmo por la belleza; lo que en otras naciones es actividad de producir, es en la nuestra ánsia de gozar, ó más bien placer de sentir. Este suelo produce espontáneamente versos y flores, y bajo este cielo privilegiado, bajo las influencias de un clima meridional y de un temperamento árabe, los españoles más se entregan á lo vagaroso de las Musas que á lo positivo de las artes; más gozan en cantar que en aprender; más que los aplausos de la tribuna les embriagan de gloria los triunfos del teatro.

¡Y qué! Este fenómeno constante, ¿debe ser perdido

para el observador filósofo? ¿No debe ser apreciado como un hecho, como un dato en los cálculos de nuestra civilización y progreso? Y porque no esté en consonancia con la marcha de las otras naciones, ¿debe ser despreciado, debe ser tenido por una calamidad, ó contado en nada para la obra del político? Nosotros no lo podemos creer. Los instintos de los pueblos se dirigen; pero no se contrarían. Los instintos de los pueblos son obra de la Providencia, y entran en el cálculo de sus fines; y medio de la Providencia puede ser, y en el cálculo de sus fines ha entrado y puede entrar todavía, el que así como hay naciones que se regeneran por las ideas, otras se regeneren por los sentimientos, y que el principio de vida social que se inoculara en unas por el apostolado de las doctrinas, sea infundido en otras por la inspiración del canto. La Providencia, como el General de un vasto ejército que lleva las tropas de la humanidad á través de la cordillera de los siglos, puede comunicar sus órdenes y dirigir los combinados movimientos de sus divisiones, ora por la voz de los intérpretes de su inteligencia suprema, ora por los armoniosos toques de su música y de sus bardos.

¡Ah! Si esto no fuera cierto, ¿qué desconsolados quedaríamos al tender la vista por nuestra Pátria! ¿Dónde hallaríamos un punto luminoso que nos anunciara el sol que ha de alumbrar el oscuro horizonte de nuestro misterioso porvenir? Si no nos animara esta fé, ¿cuál podría ser nuestra esperanza?

No nos importa que pueda estar lejana esta época, y que sea muy lento el trabajo necesario para elevar nuestra literatura hasta el punto de influir poderosa y saludablemente sobre la sociedad, y ejercer de lleno sobre ella

su acción fecunda y civilizadora. El impulso está dado, y el movimiento no se parará. Acaso todas las producciones que ahora aparecen, desaparecerán como informes embriones y confusos bosquejos, ante obras más armónicas y dotadas de más perfecta vitalidad. Romperánse acaso, y se desharán como tipos incompletos, como postizos andamios, para que edificios nuevos se eleven y duren: acaso no está aun hallado el principio que ha de presidir á la grande obra de nuestra regeneración literaria, y nos agitamos á ciegas buscándole en una confusión parecida á la anarquía. Pero el movimiento existe, el deseo existe, el doloroso trabajo que precede á la creación existe, y el calor literario se hará fecundo, y la inspiración vendrá, y el principio se formulará, y los bosquejos se harán modelos, y los edificios se levantarán magníficos, colosales, eternos; y nuestra España se rodeará de la aureola de gloria y de la atmósfera de armonía y perfumes de que necesita para respirar y vivir, y sin la cual se asfixia y se muere.

Y nosotros que para este santo fin trabajamos, no consideremos nuestras tareas como fútiles y vanas, como una obra de mero pasatiempo, como una obra de circunstancias, como un paséo en que nos es permitido vagar sin rumbo y sin objeto. No: para nosotros hay un porvenir, un sistema y un destino providencial: tenemos un estadio que es preciso recorrer; una meta que es preciso tocar; y no importa que nos estrellemos. En la lucha está la gloria, y en el intento el valor: otro carro pasará sobre nosotros, y llegará al término apetecido, y pondrá la corona de su triunfo á los pies de la humanidad, en cuyo nombre lidia. No: nosotros no somos los bufones del mundo ni los juglares de sus pasiones; que debemos ser

sus bardos. Cuando en el corazon de la sociedad hay egoismo, y prosa, y materia muerta, nosotros no debemos ser sus imitadores, no; que la poesia no es arte de imitacion, por más que bárbaramente se la haya así proclamado. Buscar debemos en el cielo inspiraciones de virtud, esfuerzos de abnegacion,* imágenes de ideal belleza, y presentarlas á la sociedad, como modelos que ella debe imitar, y en cuya direccion debe elevarse, ya que no le sea dado llegar á su altura.

Y cuando la sociedad se despedaza, cuando los fundamentos de todas las instituciones se conmueven y se desmoronan, cuando todas las creencias se destruyen, cuando todos los afectos del corazon se secan, cuando los mezquinos intereses del egoismo y las miserables pasiones personales toman la voz y ocupan el lugar de los intereses públicos; cuando la libertad está en todos los labios y la tiranía en todos los corazones; cuando la sangre corre, y los campos se talan, y los pueblos se incendian, nosotros no debemos asociarnos á esa política sangrienta, á esa obra nefanda de desolacion y de ruina, ni azuzar con nuestros acentos la saña de los vencedores, escarnecer la aficcion de los vencidos. No: precisamente entre estos horrores, nuestro deber y nuestra mision es dirigir una voz de consuelo á esta sociedad, que nos lo agradecerá con lágrimas, y distraerla de su aficcion con himnos de paz y tonos de dulzura, como se hace oír una música armoniosa á un enfermo doliente y postrado. Y cuando haya cesado la lucha, y tras la obra de destruccion sea preciso edificar y construir, entónces nos asociaremos con más esperanza y con más intimidad á trabajos de reorganizacion, y á empresas dignas de un nuevo siglo, que tiene que lucir para esta nacion sin ventura, si el cielo en

su cólera no ha decretado que sea borrada del libro de la vida. Así, cuando Hércules hubo purgado el suelo de los mónstruos que disputaban su vivienda al hombre, Orfeo elevó sobre aquel mismo suelo ciudades poderosas con sólo el poder del pensamiento, de la inspiracion y de la lira.